

XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 2013.

Intelectuales guatemaltecos en el exilio de los cincuenta y el recurso de la violencia.

Rostica y Julieta Carla.

Cita:

Rostica y Julieta Carla (2013). *Intelectuales guatemaltecos en el exilio de los cincuenta y el recurso de la violencia. XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-010/490>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

**XIV Jornadas
Interescuelas/Departamentos de Historia
2 al 5 de octubre de 2013**

ORGANIZA:

Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras

Universidad Nacional de Cuyo

Número de la Mesa Temática:

Título de la Mesa Temática: Orden, conflicto y violencia en América Latina en el siglo XX

Apellido y Nombre de las/os coordinadores/as: Verónica Giordano (UBA y CONICET), Igor Goicovic (USACH), Lorena Soler (UBA y CONICET)

**INTELECTUALES GUATEMALTECOS EN EL EXILIO DE LOS CINCUENTA
Y EL RECURSO DE LA VIOLENCIA**

Julieta Rostica

CONICET - Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe (UBA)

julietarostica@yahoo.com

Introducción

La frustración del proceso revolucionario guatemalteco en 1954 constituyó el comienzo de un ciclo de violencia política que desembocó en un genocidio a inicios de la década de 1980. El fracaso tuvo varias explicaciones entre las que han primado las externas, argamasa de asuntos económicos, políticos y militares imbricados entre sí: los intereses del enclave norteamericano *United Fruit Company*, la operación *PB Success* fraguada por la CIA y la Guerra Fría y la paranoia anticomunista.

Una cuestión que aparece con frecuencia en el centro de las reflexiones sobre el tema es la renuncia de Jacobo Arbenz, absolutamente inesperada para la sociedad guatemalteca e inexplicable solamente por los factores externos antes mencionados. Como consecuencia, el sociólogo Edelberto Torres-Rivas insistió en la necesidad de analizar los factores internos. A su juicio en Guatemala hubo tres carencias: de una burguesía nacional con ánimos de liderar el proceso revolucionario, de una fuerza social del bando revolucionario con capacidad armada y de una resistencia civil organizada ¿Por qué la revolución no peleó, no se defendió? La cuestión de la violencia política como instrumento legítimo para el sostenimiento de la revolución aparece central ¿Por qué el Estado revolucionario no logró monopolizar la violencia política considerada legítima?

Según indica el mismo Edelberto Torres-Rivas fueron las clases medias (profesores, estudiantes, burócratas y empleados medios) los vehículos de la protesta, los sujetos de la crisis revolucionaria. En estas clases medias tenían anclaje un grupo de intelectuales que lideraron, mentaron y gobernaron el proceso revolucionario (Torres-Rivas, 2011: 81-89; 95-98; 127-132) ¿Para estos intelectuales de clase media, la generación del 44, era la violencia un recurso legítimo de pelea y de defensa?

Si bien consideramos que los factores estructurales son muy importantes para explicar el fracaso de la revolución, en esta ponencia nos orientamos hacia el estudio de la acción. La propuesta es estudiar la dimensión subjetiva de la violencia en la literatura producida por algunos intelectuales guatemaltecos en el exilio inmediatamente después del golpe de estado de 1954, actores claves del frustrado proceso revolucionario. Nos interesa observar cómo han explicado la división y traición de una parte de la cúpula del ejército nacional, cómo han argumentado el tema del desabastecimiento de armas, qué indicios dieron de la posibilidad de una resistencia social armada.

La generación del 44

Así se denominó al grupo de intelectuales de la pequeña clase media urbana guatemalteca que gobernó el país durante la década revolucionaria.¹ Rosés (2012) prefiere llamarlos intelectuales orgánicos. Ellos habían nacido en la primera década del siglo XX y transitado altos estudios en Europa y otras partes de América Latina durante los años veinte. Muchos habían sido compañeros de estudio en el Instituto Nacional Central de Varones y en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de San Carlos, en la carrera de Derecho, la única de las cuatro carreras universitarias que consistía en una ciencia social o humana.

Según Juan José Arévalo el “arevalismo” fue una fuerza de procedencia universitaria, de planos sociales ilustrados y de fuentes culturales que había llegado al poder para servir a las mayorías y compartir con las mismas ese poder. Luis Cardoza y Aragón definió al grupo gobernante como una minoría que impulsaba la vida del país por cauces justos, con responsabilidad y exacto conocimiento de limitaciones y necesidades. Minoría que tenía la decisión de no posponer «las obras y obligaciones verdaderas para que un movimiento popular pueda merecer sin sonrojo el nombre glorioso de Revolución» (Cardoza y Aragón, 1945: 6). Por eso Manuel Galich denunciaba que «la Revolución no fue sólo de “intelectuales”» (Galich, 1956: 73-80). Según Galich eran «jóvenes incontaminados, pero ignorantes de la ciencia de la administración y del arte del gobierno», tan jóvenes que el régimen fue caratulado en algunas partes como «puerocracia». Los hombres del 44 «éramos un producto histórico, formado en las circunstancias creadas por nuestro propio espíritu de libertad» (Galich, 1956: 118).

Estos intelectuales se encontraron de una manera no conflictiva con ciertas tesis comunistas, como la de la revolución por etapas. La noción de revolución, articulada con la democracia y dissociada de la violencia no eran opuestas a dichas tesis. Pudieron congeniar su antiimperialismo y las ideas cepalinas de la época, confiando en las recién creadas ONU y OEA a quienes correspondía velar por las naciones y el principio de no-intervención.

El primer paso para la entrada de estos intelectuales a las tareas de gobierno lo había dado la Junta Revolucionaria de Gobierno al decretar el reconocimiento de los partidos

¹ En 1950 la república de Guatemala contaba con una población de 2.790.868 habitantes de los cuales el 25% era población urbana y el 72,2% analfabeta. La ciudad capital concentraba 318498 habitantes urbanos mayoritariamente ladinos.

políticos, la libertad de competencia entre los mismos, el derecho a sufragio y la histórica demanda por la autonomía de la universidad nacional.

Un cúmulo de partidos políticos se habían creado cuando Jorge Ubico renunció. Los dos partidos que lograron mayoría en la Asamblea Legislativa, Constituyente y triunfaron en las elecciones presidenciales fueron el Frente Popular Libertador y Renovación Nacional. El primero había emergido de las reiteradas solicitudes por la autonomía universitaria que se hicieron a Jorge Ubico y que devinieron en la huelga general de estudiantes y magisterio hacia el final crítico de su gobierno. Su dirección estuvo formada íntegramente por estudiantes y sus afiliados fueron la juventud universitaria especialmente de derecho y medicina. A Renovación Nacional se afiliaron fundamentalmente miembros del magisterio². Juntos convocaron a Juan José Arévalo, doctor en filosofía y ciencias de la educación por la Universidad Nacional de La Plata y catedrático en universidades argentinas, para candidato a la presidencia, quien triunfó con más del 86% de los votos emitidos y gobernó Guatemala entre 1944 y 1950.

Arévalo reclutó a los artistas e intelectuales a la fase culturalista de la revolución popular -como él le decía- uno de los principales objetivos de su gobierno. Fiel a su profesión creó una gran red de escuelas públicas conforme a los lineamientos de una técnica avanzada en pedagogía, volvió a establecer la universidad popular, las escuelas nocturnas para obreros, las misiones culturales, la escuela de artes plásticas, museos, bibliotecas e institutos de investigación histórica y sociológica. Gran parte de esta obra estuvo a cargo del doctor en filosofía y ciencias de la educación por la Universidad Nacional de La Plata Raúl Osegueda. El mismo, un gran amigo de Arévalo de la época en que vivían en Argentina, fue el ministro de educación pública de su gobierno y ministro de relaciones exteriores de Arbenz. Ocupó esos mismos puestos el ensayista, dramaturgo e historiador Manuel Galich, quien también fue presidente del Congreso.

² La junta directiva del FPL estaba integrada por: Julio César Méndez Montenegro, David Guerra Guzmán, Eduardo Martínez, Herlindo Cardona, Angel Martínez, Augusto Charnaud Mc Donald, Humberto Sosa, Carlos Manuel Pellecer, Mario Silva Falla y José Manuel Fortuny; y la Comisión política por: Julio César Méndez Montenegro, Mario Méndez Montenegro, Augusto Charnaud, José Manuel Fortuny y Alfonso Bauer Paiz. La junta directiva de RN estaba formada por: José Orozco Posadas, Carlos Leónidas Acevedo, Óscar Benítez, Francisco Escobar, Óscar Nájera Farfán, Rodrigo Robles Chinchilla, Edelberto Torres, A. Estrada Ricci, J. Mayorga Franco, Ramiro Ordóñez, Raúl Roca, Juan José González Ruiz, Luis Díaz Gómez, César Solís, Consuelo Pereira, Luz C. de Estrada, Julio A. Paredes, Romero Ramírez, Roberto García, Héctor M. García, Guillermo Fonseca, Humberto Morgan, Adrián Sandoval Pinto y José Licona.

Durante ese gobierno se creó la Facultad de Humanidades que comprendió los estudios de filosofía, letras, historia y pedagogía. Para este nuevo espacio se convocó al ensayista y poeta Luis Cardoza y Aragón, Ricardo Castañeda Paganini, al antropólogo Antonio Goudbaud Carrera, al pedagogo y biógrafo Edelberto Torres (el padre de Edelberto Torres-Rivas), Alberto Velásquez, Enrique Chaluleu Gálvez y José Rolz Bennet, por mencionar a algunos.

Luis Cardoza y Aragón, además, fue miembro de la Asamblea Constituyente, designado embajador en Suecia, Noruega y la Unión Soviética para luego ser trasladado a Colombia, Chile y Francia. Fue quien fundó y dirigió la *Revista de Guatemala*, una revista que se publicó con el apoyo del gobierno de la revolución, más sin intervención en su derrotero. Cardoza y Aragón decía que sin esa libertad total no habría pensado nunca en fundar la revista con patrocinio del Estado:

La vida de la revista se halla ligada a la consolidación del triunfo de la juventud de Guatemala en el poder. Para servir tales ideales y esperanzas, surge abierta a todos los espíritus creadores. Destruiremos la revista, o nos retiraremos de ella, cuando la menor intervención pretenda insinuarse contra nuestra imprescindible libertad (1945: 5).

Y así sucedió pues entre 1954 y 1959 dejó de hacerse. Formaron parte de su consejo editorial Carlos Federico Mora, Antonio Goubaud Carrera, Emilio Zea González y Raúl Leiva. El primer número de julio de 1945 irrumpió con una portada de Carlos Mérida, poesías, un artículo de Goubaud Carrera y varias reflexiones publicadas en *Cuadernos Americanos*. Para el segundo número fueron convocados nada más y nada menos que los guatemaltecos Carlos Wyld Ospina, Juan José Arévalo, Miguel Ángel Asturias, David Vela, entre otros.

Goubaud Carrera creó junto a David Vela el Instituto Indigenista Nacional del que fue su director hasta su muerte (Barreno Anleu, 2000). El nicaragüense Edelberto Torres fue quien como secretario general de la Asociación Nacional de Maestros había encabezado la huelga de los mismos en la caída de Ubico. Amigo personal de Arévalo, cumplió diversos cargos en el consejo técnico de educación (Bataillon, 2006).

Hay que mencionar también a Miguel Ángel Asturias quien fue nombrado agregado cultural en la embajada de Buenos Aires entre 1947-1952 y embajador en El Salvador entre 1952-1954 desde donde se preveía que ingresaría la invasión a Guatemala. Como

tal, fue parte de la delegación que encabezó el canciller Guillermo Toriello en la X Conferencia Interamericana. Toriello, además, fue embajador en México y en Estados Unidos y un destacado intelectual, político y escritor. El ensayista, sociólogo, poeta y narrador Mario Monteforte Toledo representó a Guatemala ante la ONU (1946-1947), fue diputado entre 1947 y 1951, presidente del Congreso y vicepresidente de la república (1948-1949).

El nacimiento de los comunistas

Juan José Arévalo a pesar de haber tenido una posición ambigua con los comunistas creó el clima político necesario para su surgimiento. Así como su gobierno garantizó los derechos sociales de los trabajadores, protegió a niños, ancianos y enfermos, amplió los derechos civiles y políticos de las mujeres alfabetas, sancionó los derechos políticos de los varones analfabetos y trabajó sobre la autonomía de la Universidad y del ejército, mantuvo en la ilegalidad al Partido Comunista (en Guatemala se llamaría Partido Guatemalteco del Trabajo, PGT). Al Arévalo nacionalista y antiimperialista le incomodaba el carácter internacional de ese partido y puso, en ese sentido, trabas a la libertad de opinión y expresión, más allá de sus pláticas con el secretario general del PGT José Manuel Fortuny en torno a la disolución de la Tercera Internacional y a la independencia del partido. El corpus de ideas en que se basó el socialismo espiritual que predicaba se nutrió del «socialismo y el justicialismo argentino, el aprismo peruano y la serie de ideologías no comunistas que desde Europa levantaban el espíritu revolucionario de las juventudes latinoamericanas» (Berrocal Soto, 1966: 194) Paradójicamente esto no bastó para ser etiquetado de comunista y tener que defender en numerosas audiciones la actuación del comunismo en Guatemala:

La revolución de octubre al instaurar conforme a la Constitución la libre emisión de las ideas políticas dejó a estos ciudadanos gozando de libertades individuales, y los ha vigilado permanentemente durante tres años. A algunos de ellos, cuyas ideas no conocíamos, los habíamos empleado en el Gobierno. Pero en ningún momento se les ha permitido que se organicen en partido político, franco o disimulado, ni se les ha autorizado para que ejerzan dentro del país una docencia política al servicio de la ideología comunista (Alocución del 27 de septiembre de 1947. Reproducida en Arévalo, 1964: 196).

Lo cierto es que ese espacio de libertad política propició la fundación del PGT y la participación de los líderes del mismo en los gobiernos revolucionarios, aunque pertenecían, salvo su secretario general, a una generación más joven. El Frente Popular Libertador y Renovación Nacional habían formado el Partido Acción Revolucionaria en octubre de 1945 del que surgió Vanguardia Democrática Guatemalteca de forma clandestina en 1947, la plataforma del PGT. El partido se fundó el 28 de septiembre de 1949. Su comité central estuvo formado por José Manuel Fortuny (secretario general), Bernardo Alvarado Monzón (secretario de organización), Mario Silva Jonama (educación y propaganda), Víctor Manuel Gutiérrez (de acción y organización sindical), Alfredo Guerra Borges (director del futuro periódico), Carlos René Valle (secretario de finanzas) y Max Salazar (ayudante de Gutiérrez).

Fortuny, uno de los mejores reporteros de *Diario del Aire* después de Miguel Ángel Asturias e integrante de la junta directiva del FPL, estuvo en el levantamiento militar y en la casa presidencial donde se encontraba la Junta Revolucionaria el día del triunfo de la revolución y fue quien leyó el primer mensaje de Arévalo a la nación. Fue diputado en la Asamblea Legislativa y Constituyente con un rol destacado. En 1950 se convirtió en uno de los tres miembros de la Junta Electoral Nacional. El economista Guerra Borges, el ideólogo del partido, fue nombrado el primer inspector general de trabajo, se desempeñó como editor del periódico oficial *Diario de Centro América* y por un tiempo dirigió la oficina gubernamental de propaganda. Silva Jonama sirvió como subsecretario de educación en 1948, puesto al que renunció por un tiempo para trabajar luego en la oficina de publicidad de Arévalo. Arévalo nombró a Gutiérrez, secretario general de la Central General de Trabajadores Guatemaltecos, en puestos vinculados a las misiones culturales itinerantes realizadas bajo el auspicio del Ministerio de Educación y en la junta de directores del Instituto Guatemalteco de Seguridad Social. Bernardo Alvarado Monzón, sucesor de Fortuny en la secretaría general, sirvió en el Ministerio de Economía, Huberto Alvarado en la Oficina de Publicidad de la Presidencia, Carlos René Valle en el Ministerio de Educación y en el Instituto de Petróleo y Virgilio Guerra fue empleado por el Instituto de Seguridad Social en 1948. Incluso el agitador comunista Carlos Manuel Pellecer, también parte de la primera junta directiva del FPL y secretario de la Central General de Trabajadores Guatemaltecos -quien Arévalo había mantenido fuera del país en calidad de secretario y encargado de negocios en París- fue nombrado

jefe de las misiones itinerantes del Ministerio de Educación cuando regresó a Guatemala en 1949.

Al igual que los intelectuales que hemos descrito en el apartado anterior, los miembros del partido comunista de Guatemala apoyaron las propuestas que rechazaban las guerras y el uso de la violencia. Fortuny y Gutiérrez fueron invitados y participaron en abril de 1949 del Congreso Mundial por la Paz organizado por el movimiento mundial de los partidarios de la paz de inspiración comunista donde se habló de las amenazas de una nueva guerra mundial, del imperativo de luchar por la paz, por la independencia nacional, por el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos y de denunciar a quienes incitaban una nueva hecatombe mundial.

El gobierno de Jacobo Arbenz no tuvo un programa comunista, ni relaciones diplomáticas con los países comunistas, pero en 1952 legalizó el PGT, el mismo año en que Stalin moría y se abría paso la teoría de la coexistencia pacífica. Durante su gobierno los comunistas tuvieron cuatro bancas en el Congreso, una presencia destacada en la CGTG, en la redacción de la ley de reforma agraria y en muchas de las decisiones del presidente.

Según el gran analista del frustrado proceso revolucionario guatemalteco Piero Gleijeses, a los Estados Unidos le importó más el impacto que la reforma agraria podía causar que el daño ocasional a los intereses de la *United Fruit Company*, los cuales eran secundarios frente a las percepciones de la amenaza comunista. Para Gleijeses, a contrapelo de los revisionistas (Fuentes Aqueche, 2004), la influencia del PGT sobre Arbenz, especialmente la de sus amigos Alfredo Guerra Borges, Mario Silva Jonama, Víctor Manuel Gutiérrez y José Manuel Fortuny, es un dato crucial para entender la conspiración: “*In no country in Latin America had a president been as closed to the communist party as was Arbenz; in no country in Latin America had a communist party been as influential as was the PGT*” (Gleijeses, 1989: 480). Amistades a las que hay que agregar las de los comunistas chilenos Eduardo Hubner y Virginia Bravo Letelier. De hecho, Fortuny redactó cada uno de los discursos de Arbenz desde su campaña electoral.

Todos estos estaban imbuidos de la tesis stalinista de la revolución por etapas que por articularla con la tesis antiimperialista e incluso cepalina le imprimían un sesgo

nacional. Dicha influencia se notó en los tres objetivos de la política económica de Arbenz:

Primero: convertir a nuestro país de una nación dependiente y de economía semicolonial, en un país económicamente independiente. Segundo: transformar a nuestra nación de un país atrasado y de economía predominantemente feudal, en un país capitalista moderno. Tercero: hacer que esta transformación se lleve a cabo de tal manera que traiga consigo la mayor elevación posible del nivel de vida de las grandes masas del pueblo.

Acontecimientos que aceleraron el final del proyecto revolucionario

Sintéticamente, entre 1944 y 1954 Guatemala transitó por un proceso de revolución democrática, antioligárquica y antiimperialista. Una revolución política que a medida que fue profundizando las transformaciones socioestructurales fue acercándose a las masas populares obreras y campesinas e incorporándolas en la toma de decisiones, hechos que inevitablemente exasperaron a las burguesías de dentro y fuera del país y las pusieron y aglutinaron en el bloque opositor. La seguridad social, el código de trabajo, la reforma agraria y el inicio de la construcción de la carretera hacia el Atlántico y del puerto San José fueron las medidas que tocaron sus intereses y como consecuencia que más rechazaron. Así, tanto el gobierno de Juan José Arévalo como el de Jacobo Arbenz tuvieron que padecer infinidad de conspiraciones que buscaron acabar con el proyecto revolucionario en marcha.³

Cuando el aglutinamiento del bloque opositor al gobierno bajo los principios del antikomunismo, como le llamaba Arévalo, alcanzó al ejército inició el final del proyecto revolucionario. La revolución había independizado a las Fuerzas Armadas del poder ejecutivo y favorecido la competencia para integrar el Consejo Superior de la Defensa, el que en definitiva elegía al jefe de la institución militar con el previo asentimiento del Congreso. La gran disputa estaba entre el coronel Francisco Javier Arana y el capitán Jacobo Arbenz, los dos cabecillas del alzamiento militar de 1944 y miembros de la Junta Revolucionaria de Gobierno. La muerte incidental de Arana en esta coyuntura, quien además se había separado del Frente Popular Libertador para abogar la tendencia

³ Hacia noviembre de 1949 el presidente Juan José Arévalo contó veinticinco complots en su contra.

anticomunista, y el derrocamiento de la rebelión militar de sus sucesores en 1950 favoreció la creación de un ejército de mercenarios guatemaltecos en el exterior así como la consolidación del ministro de la defensa, la línea arbencista, y la creencia de que el ejército así depurado, según indicó el mismo José Fortuny, era efectivamente el “ejército de la revolución” (Fortuny, 1977: 57).

Esto dio carne guatemalteca a la última conspiración que se denominó operación *PB Success*. Comenzó en junio de 1950 con un seguimiento minucioso que hizo la CIA de Arbenz y siguió con el armado y abastecimiento del ejército de liberación en Honduras. El gobierno guatemalteco había logrado obtener las pruebas necesarias y denunció la conspiración intervencionista ante las Naciones Unidas el 1 de abril de 1953 lo que impulsó la búsqueda cada vez más acelerada de legitimaciones a los impulsos golpistas. Los Estados Unidos buscaron y lograron consenso para incluir en la agenda de la X Conferencia Interamericana la cuestión de la “Intervención del comunismo internacional en las repúblicas americanas”. Ante el vértigo de la inminente agresión armada, Guatemala denunció y reveló el 29 de enero de 1954 esta vez ante el mundo todos los detalles del estado de los preparativos bélicos.

Para la X Conferencia Interamericana de marzo de 1954 Guatemala llevó una delegación importante para lanzar una inescrupulosa defensa. El proyecto de resolución del departamento de Estado a cargo de Mr. John Foster Dulles en la comisión política reunida entre el 8 y 14 de marzo obtuvo algunas enmiendas por parte de las delegaciones de Argentina, México y Uruguay. Sin embargo, éstas fueron rechazadas y la ponencia estadounidense fue aprobada por 17 votos, 2 abstenciones (Argentina y México) y 1 voto en contra de Guatemala. La misma es conocida como la resolución 93 con el título “Declaración de Solidaridad para la Preservación de la Integridad Política de los Estados Americanos contra la Intervención del Comunismo Internacional”.

Apenas dos meses después de la Conferencia la campaña psicológica internacional contra Guatemala se desarrolló a un ritmo vertiginoso. Frente a ello el gobierno de Guatemala adoptó dos posiciones: en lo internacional, seguir denunciando al mundo la conspiración, la falacia de la bandera anticomunista, la historia oculta de la agresión y la realidad del movimiento nacionalista, popular y democrático que se efectuaba en Guatemala; en lo interno, prepararse para la defensa ante la inminente agresión armada.

Así fue como a pesar de los largos años de boicot y cerco que los Estados Unidos pusieron a Guatemala para la obtención de los implementos militares para el ejército, el gobierno logró que una firma inglesa y luego una firma suiza vendieran armas a Guatemala. El primer cargamento llegó al país en la nave *M/N Alfhem* y sirvió para vociferar en mayo de 1954 la «Penetración del Movimiento Comunista Internacional en las Instituciones Políticas de Guatemala: amenaza a la paz y la seguridad de América y a la soberanía e independencia política de Guatemala» por parte del departamento de Estado y para propiciar una reunión de consulta que patrocinara la intervención colectiva contra Guatemala. En ese entonces el gobierno replicó que nunca había negociado la compra de armas en la Unión Soviética, ni en Polonia y que en el territorio de Guatemala no existía «armamento ni equipo militar producido en ninguno de los países que se mencionan antes» (Véase la Declaración del Ministerio de Relaciones Exteriores de Guatemala, 21 de mayo de 1954. Reproducido en Toriello, 1956: 264-269). La declaración no era incorrecta (aunque engañosa) pues, como mostraremos más adelante, los comunistas guatemaltecos señalaron que la compra se había realizado en Checoslovaquia. El segundo cargamento fue incautado silenciosamente en Alemania. Curiosamente, los coroneles Carlos Enrique Díaz, jefe de las Fuerzas Armadas, y José Ángel Sánchez, ministro de defensa, se reunieron con el presidente para preguntarle porqué el partido comunista actuaba en la cosa pública. El 13 de junio los Estados Unidos prohibieron al mundo entero vender armas a Guatemala.

La invasión al territorio guatemalteco inició el 17 de junio de 1954, lo que el gobierno de Guatemala denunció como «agresión armada» inmediatamente ante el consejo de seguridad de la ONU, al único órgano que estaba habilitado a acudir. La importancia real del jefe y del ejército intervencionista formado por mercenarios de Guatemala, Honduras y Nicaragua era endeble frente al ejército revolucionario que contaba con varios miles de combatientes aunque escasamente armados.⁴ De hecho, cuando se adentraron en territorio guatemalteco fueron fácilmente rechazados regresando a Honduras el 30 de junio. El departamento de Estado llegó a la conclusión de que la agresión armada había fracasado y volvió mientras tanto a la vía diplomática, al proyecto de la reunión de consulta de ministros de relaciones exteriores. Si Jacobo

⁴ No tenemos datos precisos al respecto. Mientras que Juan José Arévalo habló de «5 mil soldaditos indígenas», Miguel Ángel Asturias habló del doble (Arévalo, 1964: 102 y Asturias, 1999: 360). Edelberto Torres-Rivas señala que fueron 10 mil personas las que se habían nucleado en especies de comités de defensa de la revolución en respuesta a un llamamiento de la Confederación General de Trabajadores dos semanas antes de la renuncia de Arbenz (Torres-Rivas, 1977: 39).

Arbenz no hubiera renunciado, la intervención, merced a la reunión de consulta, podría haberse convertido en intervención colectiva al mando de la OEA.

No obstante, la renuncia de Jacobo Arbenz el 27 de junio de 1954 -escrita por el secretario general del Partido Guatemalteco del Trabajo, comunista (PGT)- sobrevino por la traición de algunos altos jefes del ejército de Guatemala. Arbenz había tenido una reunión con el embajador de los Estados Unidos, John Peurifoy, quien le había planteado que la expropiación de la *United Fruit Company* era de poca importancia para el departamento de Estado y que él podía conseguir que la compañía retirara sus demandas de indemnización si el mismo Arbenz removía a los comunistas de la Central General de Trabajadores Guatemaltecos (CGTG) y del gobierno, lo cual se negó a hacer. Cuando Arbenz se enteró que el frente de operaciones le negaba su apoyo decidió su renuncia, la que revisó al entrevistarse con sus amigos del PGT. Pero al día siguiente el embajador norteamericano se entrevistó con los jefes del ejército y los conminó a dar un golpe de Estado contra el presidente.

El jefe de las Fuerzas Armadas, Carlos Enrique Díaz lo informó de la entrevista y del día y hora pautado para el golpe, pero Arbenz reiteró su posición de renunciar. Con la misma puso dos condiciones: que se respetara la vida y libertad de los ciudadanos y que se continuara la lucha contra los invasores. El jefe de las Fuerzas Armadas (junto al ministro de la defensa y el ministro sin cartera Elfego Monzón) se hizo cargo del gobierno, declaró fuera de la ley al Partido Guatemalteco del Trabajo y proclamó la continuación de la lucha contra los invasores. Forzado a renunciar tan sólo 12 horas después por negarse a fusilar a los líderes políticos y sindicales comunistas que exigía el embajador estadounidense fue reemplazado por Elfego Monzón y una nueva junta militar. La misma facilitó la suscripción del Pacto de San Salvador por medio del cual el ejército nacional entregó el poder político al coronel Carlos Castillo Armas, quien entró triunfante a la ciudad el 3 de julio de 1954.

En síntesis, a sabiendas de una conspiración diplomática y armada inminente de carácter contrarrevolucionario que involucraba a sectores políticos, militares y económicos del exterior, pero también del interior, el gobierno arbencista confió en el ejército nacional para defender la revolución. La convicción de que la teoría del imperialismo podía explicar lo que estaba aconteciendo en Guatemala impidió hacer un análisis interno de la lucha de fuerzas, estudiar la composición de las Fuerzas Armadas, confiar en las

organizaciones civiles, distribuir y entrenar a algunas de sus organizaciones e incluso pensar en la formación de un ejército irregular. Impidió cuestionarse si el gobierno contaba o no con el monopolio de la violencia legítima, lo que condujo a la traición.

Cuando el golpe de estado fue inminente, las amenazas, el sentimiento de indefensión y el pánico generalizado, se produjo un «asilo político en masa» (Ferreira, 2010).

El mismo jefe de las Fuerzas Armadas el día en que estaba tomando el mando presidencial conminó a Fortuny que se asilara lo antes posible junto a Carlos Manuel Pellecer y Víctor Manuel Gutiérrez, pues ya los estaban buscando para capturarlos.

Los países elegidos para buscar asilo político fueron aquellos cuyos delegados habían manifestado cierta disconformidad con la ponencia de Estados Unidos en la Conferencia de Caracas. La embajada mexicana y argentina se abarrotaron de gente. A la primera llegaron Luis Cardoza y Aragón, Mario Monteforte Toledo y Guillermo Toriello. Raúl Osegueda llegó a México, pero más tarde. El gobierno argentino asiló a aproximadamente trescientas personas. Entre otras estaban Víctor Manuel Gutiérrez, Carlos Manuel Pellecer y Miguel Ángel Asturias. Otro que se exilió en el mismo país fue Manuel Galich quien había sido designado el mismo año del golpe de estado embajador de Guatemala en Argentina. Por fortuna, Juan José Arévalo estaba ejerciendo de embajador sin sede para el gobierno de Jacobo Arbenz. Desde 1952 viajaba por diversos países de América y Europa. Durante 1954 pasó gran parte de su tiempo armando conferencias en Chile, Uruguay y Argentina para comunicar el tipo de gobierno que había en su país y la trama conspirativa que veían en su contra.

Según Miguel Ángel Asturias los que participaron en el equipo de Arbenz tuvieron la idea de escribir cada uno desde el exilio un libro «para dar a conocer al mundo lo sucedido» en Guatemala. Así cuenta que se escribieron veintisiete libros en total. (Asturias, 1999: 368) Juan José Arévalo escribió *Guatemala, la democracia y el imperio* en 7 días a partir del 20 de junio de 1954 cuando los aviadores norteamericanos empezaron a bombardear el país. Raúl Osegueda no demoró mucho. En diciembre de 1954 terminaba *Operación Guatemala \$Sok\$S* y salía a la luz a inicios del año siguiente. Luis Cardoza y Aragón escribió *La revolución Guatemalteca* publicada en un comienzo por *Cuadernos Americanos*, la continuación de *Guatemala: las líneas de su mano*, también publicado en 1955 en México. Guillermo Toriello publicó *La batalla de Guatemala* en marzo de 1955, un libro que recibió numerosas re-ediciones en las que

agregó un interesante Apéndice con aportes que confirmaban lo expuesto. Manuel Galich escribió *Por qué lucha Guatemala. Arévalo y Arbenz: dos hombres contra el imperio*, un extenso libro que publicó en 1956 en Argentina. Miguel Ángel Asturias se encontraba escribiendo el último tomo de la trilogía bananera titulado *Los ojos de los enterrados* cuando febrilmente lo interrumpió y escribió *Week-end en Guatemala*, publicado en 1956, dedicado «A Guatemala, mi Patria, viva en la sangre de sus estudiantes-héroes, sus campesinos-mártires, sus trabajadores sacrificados y su pueblo en lucha».

El uso de la violencia en el plano de las ideas

Las obras de Arévalo, Toriello, Osegueda, Galich y Asturias, asignados a puestos claves en las relaciones exteriores durante el gobierno de Arbenz, explicaron el fracaso de la revolución fundamentalmente por los factores externos, por el imperialismo. Ninguno debatió la denominación del proceso y menos en torno a la díada reforma-revolución pues coincidían que en Guatemala estuvo en marcha un proceso revolucionario de carácter democrático y nacional. Las vías para la transformación no aparecieron en la agenda del debate. La violencia no estaba tematizada aunque hubieron algunas brevísimas referencias en las que aquí nos detendremos.

Con el fracaso de la revolución prácticamente consumada Arévalo escribió *Guatemala, la democracia y el imperio*. Buscó (y denunció) las explicaciones a la caída del régimen de Arbenz en los factores externos. Pero en una nota al pie consignó que no hubo miedo popular ni cobardía en las masas pues Arbenz entregó el poder sin que las fuerzas civiles tuvieran conocimiento, y por lo mismo, sin tiempo ni armas para defenderse (Arévalo, 1964: 65). A menos de un año Arévalo agregó al libro un epílogo en el que hizo un análisis más profundo. Reiteró la capacidad profesional del ejército a quien sumaba «un mínimo de cien mil campesinos, enamorados de la Reforma Agraria libertadora, dispuestos a empuñar las armas a favor del Gobierno revolucionario de Arbenz ¿Cómo, entonces, fue posible derrocar un gobierno en estas condiciones?» (Arévalo, 1964: 116).

Según su conocimiento, el plan de los conspiradores consistía en propiciar o un levantamiento popular o una rebelión del ejército. Si esto fracasaba se utilizarían las diligencias directas del embajador estadounidense. La invasión desde Honduras

demostró la incapacidad del ejército mercenario frente a las fuerzas nacionales, armadas y civiles: «siete días tenía la chispa de estar encendida y el pueblo esclavizado por los comunistas no había querido aprovecharla...» (Arévalo, 1964: 150) Como consecuencia, la clave se desplazó hacia el ejército, pero

la tropa guatemalteca, el soldadito guatemalteco, indios y campesinos en su mayoría, toda la oficialidad, estaban con Arbenz: eran hijos, hermanos, cuñados o primos de aquellos a quienes había beneficiado la Reforma Agraria ¿Cómo iba a conducirse esa tropa en el momento de una pelea con Arbenz, contra los campesinos de la Reforma Agraria? (Arévalo, 1964: 152).

Arévalo llegó a la conclusión que la actuación del embajador estadounidense con los altos oficiales del ejército fue central. Cuenta el ex presidente que cuando las Fuerzas Armadas comenzaron a preocuparse por la posibilidad de que el gobierno de Arbenz arme a los miles de obreros sindicales que se suponía estaban «dominados por los rojos» inició el sabotaje y la traición del ejército nacional facilitado por el espionaje internacional: trenes militares descarrilados con precisión de reloj, bombardeos donde no había tropa enemiga, armas que no llegaban donde tenían que llegar. Si bien la invasión podía darse por fracasada, los militares anticomunistas encabezados por Monzón se pusieron de acuerdo con Castillo Armas para responder por los 5 millones de dólares facilitados por la UFCO para la operación.

A diferencia de lo que expresaron los comunistas José Manuel Fortuny y Alfredo Guerra-Borges, tanto Juan José Arévalo como Guillermo Toriello, Raúl Osegueda y Manuel Galich señalaron que, frente al gran desabastecimiento en que se encontraban se compraron armas, pero no al bloque comunista. Que la nave era sueca y que fue armada por una empresa británica (Galich, 1956: 352).

Toriello indicó que el cargamento que había llegado en la M/N Alfhem «jamás salió del control del Ejército Nacional y nunca estuvo a disposición de elemento civil alguno» (Toriello, 1956: 128). De alguna manera porque el gobierno de Guatemala había tomado la decisión de no dar elementos para la tergiversación de la invasión extranjera: ni que se hablara de rebelión interna ni de agresión contra Honduras. Por eso no se produjo «ningún levantamiento popular interno» (Toriello, 1956: 150). Ya iniciada la invasión fueron

elementos del propio pueblo los que en todo el territorio del país, mantuvieron una efectiva vigilancia, recogieron y entregaron a las autoridades todas las armas y equipo militar que la aviación de los agresores lanzaba con paracaídas; y fueron ellos también los que prácticamente sin armas rechazaron la invasión por mar (Toriello, 1956: 187).

La cuestión de la resistencia social armada en el análisis de Toriello no es central para explicar el fracaso de la revolución. Dicho fracaso en el plano interno se debió, a su juicio, porque no alcanzaron a lograr los objetivos programáticos para la transformación del ejército nacional en un auténtico ejército de la revolución:

Los gobiernos revolucionarios no abordaron este problema con vigor necesario ni con el empeño y la constancia que dedicaron a la solución adecuada de muchos otros problemas nacionales. Fue ésta una grave falla (...) era requisito esencial y previo efectuar la transformación revolucionaria de las fuerzas armadas (Toriello, 1956: 156-157).

Bastó la traición del núcleo militar para que la Operación Guatemala rotundamente fracasada en su fase de agresión armada lograra inesperadamente el triunfo.

Para Raúl Osegueda el ejército ya no era «totalmente» el mismo de la dictadura, razón que explica los años que le costó a la embajada estadounidense lograr su desarticulación y evitar la utilización del recurso del pueblo armado (Osegueda, 1955: 231). También la rebelión de los cadetes de la Escuela Politécnica cuando llegó a Guatemala el pseudo victorioso ejército liberacionista.

Osegueda en este ensayo utilizó ciertas metáforas para describir el cuadro de la impotencia: «Hombres, mujeres y niños con las manos en los bolsillos»; la «ciudad inerme, sin armas antiáreas, se cruzó de brazos ante el lujo de masacre»:

José y María se mantuvieron de pie: no querían verdugos ni tiranos; no eran cobardes frente al suelo patrio invadido; nuestra bandera en alto se tiñó de sangre; de sus machetes hicieron espada y vengaron el crimen y el error ajenos. Y entre torrentes de sangre cayeron ante el altar de la patria inerme (Osegueda, 1955: 234-235).

El autor también destacó la fidelidad de los campesinos cuando recogieron y entregaron las armas del enemigo a los cuarteles, la humillación que recibieron en las bases

militares y cómo los mandaron al frente de la traición. Dijo Osegueda que allí murieron más de medio millar de patriotas «rechinando los dientes de impotencia» (1955: 236).

Para el *meme* Galich la caída de Arbenz se produjo a consecuencia de la traición: «el único capaz de provocar el hundimiento de la Revolución. El pueblo estaba animoso y compacto, pedía armas para defender lo suyo. Arbenz lo sabía y ordenó al Jefe de las Fuerzas Armadas que se repartieran esas armas a las organizaciones populares», pero éste dejó de ser obedecido por los jefes de las tropas. Jacobo Arbenz «estaba solo. Al otro lado de los muros verdes del Palacio, en la calle, estaba el pueblo pronto a la lucha. Pero la traición hacía de tan corta distancia física, un foso insalvable. El pueblo estaba inerme: sólo los dedos se crispaban en el vacío» (Galich, 1956: 367).

En la prosa de Miguel Ángel Asturias la movilización de las masas sí aparece central aunque cierta incomodidad en el recurso a la violencia. Estaba escribiendo *Los ojos de los enterrados*, la novela que cerró la trilogía bananera en 1961, cuando lo sorprendió la caída de la revolución en 1954. Allí la interrumpió para escribir *Week-end en Guatemala*. *Los ojos de los enterrados* debió publicarse en 1954, pero

los sucesos de Guatemala, la invasión al país, la traición del ejército y la instauración de un gobierno de represión de la democracia y entrega a los consorcios extranjeros de nuestras riquezas, me hizo abandonar el texto, ya que la novela se conjugaba en el momento del triunfo de las leyes de la Revolución Guatemalteca sobre la arbitrariedad de la Frutera (Asturias, *Nuestra Palabra*, 17 de julio de 1958. Citado en Sáenz, 1974: 190).

Publicar ese libro en aquel momento hubiese sido una tropelía. *Week-end en Guatemala* estuvo compuesto por ocho cuentos que culminaban con una victoriosa insurrección en Torotumbo. La tradicional fiesta popular se convirtió en insurrección cuando una indiecita fue muerta y violada por un miembro del Comité de Defensa Nacional contra el Comunismo. Hacia el final de la historia Asturias presentó la tensión entre los revolucionarios: quienes querían aniquilar al grupo de anticomunistas y quienes, por el contrario, los querían vivos para hacer justicia (Asturias, 1956: 222). No obstante, tanto la celada como el asalto popular armado triunfaron.

Para *Los ojos de los enterrados* que fue escrita en partes (Buenos Aires 1952, París 1953, San Salvador 1954 y Buenos Aires 1959) Asturias meditó más los métodos para

el cambio. Volvió a presentar el problema nacional del enclave norteamericano y la complacencia de las autoridades políticas guatemaltecas:

Dictadura se te hizo evidente que era inseparable de frutera, consubstanciales. Derrocar a la fiera militar de turno dejando a la frutera intacta, era engañarse, y atacar a la compañía con el dictadorzuelo encima, era imposible. Había que acabar con las dos al mismo tiempo (Asturias, 1961: 220).

Para Asturias, la vía más adecuada para lograr la transformación social era la vía revolucionaria, pero la misma no implicaba el uso de la violencia –la cual había quedado ligada al ejército y a su traición- sino la huelga general. Toda la novela giró en torno al armado de la huelga general como instrumento político no violento y realmente eficaz a la hora de remover un régimen político, defender la independencia nacional y cambiar la estructura social:

Un complot, una asonada, un movimiento hecho por militares, aunque vaya contra la dictadura, es como parte de ella, cae en cierta forma dentro de lo militar y lo policial. Una huelga, no, una huelga revolucionaria, como la que nosotros planeamos, nada tiene que ver con polizontes y chafarotes que por insurreccionados que parezcan, siguen en el fondo siendo lo que son, representantes nato de la opresión del pueblo. Una huelga es todo lo contrario, no forma parte de la máquina estatal y rompe con el orden establecido (Asturias, 1961: 219).

La huelga permitía dejar sin eficacia todos los aparatos de dominación monopolizados por el Estado:

Ellos estaban listos, estaban organizados con sus tropas, sus policías, sus periódicos, con la fuerza, la represión y la propaganda, para repeler a los que alteraran el orden en las formas conocidas, golpes de Estado, revueltas, atentados, pero no en la forma en que ahora se les plantea: ¡dejando de hacer! (Asturias, 1961: 401).

En la novela la dictadura y la frutera cayeron y la huelga fue completa.

En medio de estos libros la Comisión Política del PGT (1955) hizo su autocrítica denominada *La intervención norteamericana en Guatemala y el derrocamiento del régimen democrático*. En relación a los temas que venimos tratando se reprocharon no

haber combatido a una parte de la alta oficialidad del ejército que se sabía enemiga del movimiento revolucionario y no haber desarrollado la revolución en el seno del ejército. Pero además, no haber planteado la idea de armar a los obreros y los campesinos «con toda la energía y la audacia que era necesario, la planteó solamente a algunos aliados, y mas tarde, frente a la inminente invasión extranjera, la planteó con retraso y con mucha debilidad antes las masas trabajadoras». En ese sentido, esgrimieron que el Partido

no desplegó una enérgica actividad para que la consigna del armamento del pueblo fuera una consigna comprendida y sentida por cada obrero y por cada campesino, por cada luchador antiimperialista de tal manera que se desarrollara en cada uno la iniciativa de armarse a toda costa (Löwy, 2007: 234).

Este fue el manifiesto parteaguas en el debate sobre las vías y la decisión por la violencia revolucionaria en el caso de Guatemala.

Colofón

Alejandro y Jorge Silva Falla del Partido de la Revolución Guatemalteca (compuesto por gente del FPL, RN, PAR y del reciente creado Partido Socialista) entrevistaron en 1957 en el exilio a Juan José Arévalo y a Jacobo Arbenz. Arévalo adjudicó la caída de la revolución a «la actitud de Arbenz por haber permitido rodearse de los comunistas criollos, los que a la larga habían sido los responsables directos del desastre». A su juicio, el error de la revolución fue haber ido demasiado rápido a sabiendas del poder del imperialismo (Silva Falla, 2004: 84). En las conversaciones con Arbenz éste confesó que el haber confiado en el ejército fue uno de sus errores fundamentales. Creyó que el ejército que durante todo el régimen de Arévalo había defendido la constitucionalidad iba a comportarse leal y defender el honor y la dignidad de la patria. Igualmente, el no haber entregado armas al pueblo que las pedía con el deseo de apoyar a su ejército y el hecho de no haber desviado la atención al problema interno nacional y haberse preocupado principalmente en el problema internacional. Cuando se dio cuenta que estaba siendo traicionado por el alto mando ordenó dar armas al pueblo, tan tarde como un día antes de que se le exigiera su renuncia. Pero esas armas jamás salieron de los cuarteles (Silva Falla, 2004: 74-76).

Posiblemente Arévalo estaba haciendo referencia a la cuestión de la compra de armas a un país del bloque socialista, un elemento que ninguno de los intelectuales que hemos estudiado en la inminencia de la caída de la revolución mencionó. Según las memorias de Fortuny, frente a la certeza de una conspiración golpista el mismo aceptó comprar armas para el desarmado ejército por solicitud especial de Jacobo Arbenz con la condición de que una parte de ellas se entregaran al pueblo. Según cuentan los comunistas, ningún gobierno del campo capitalista quería venderle armas al gobierno de Guatemala motivo que suscitó una transacción secreta con Checoslovaquia. (Fortuny, 2008: 113-116; Guerra-Borges, 2004: 142) Se trataba del cargamento de armas que, de acuerdo al gobierno en aquella época, se habían comprado a una firma inglesa. Lo cierto es que cuando llegó el cargamento las armas no se distribuyeron como se había pactado por ciertas contingencias que podrían haberse previsto con antelación. Cuando se presentó la crisis, de acuerdo a Fortuny, la dirección del partido se pronunció por el desarrollo de la lucha política, la movilización de las masas y porque se presionara al ejército para que le facilitara armas al pueblo. Sin embargo, el jefe de las Fuerzas Armadas pidió que los dejaran cumplir su función de acabar con la invasión mercenaria, solicitud a la cual el gobierno accedió. Gracias a la traición de los jefes del ejército, ni armas ni alimentos llegaron al teatro de operaciones, momento en el que se decidió armar al pueblo: partidos y sindicatos se comprometieron a movilizar sus hombres, aunque, según Fortuny, a la cita llegaron muy pocos.

El mismo señaló que posiblemente Jacobo Arbenz consideró a los civiles armados como ayuda auxiliar del ejército, porque «no es que fuera opuesto a la concepción de que la revolución debe contar con su propio ejército revolucionario surgido del pueblo armado, sino que tal concepción no formaba parte entonces de su haber ideológico» (Fortuny, 1977: 65). Esto que le adjudica a Arbenz bien se puede generalizar a los miembros más influyentes del gobierno, la generación del 44 e incluso a él mismo.

El entonces desconocido *Che* Guevara y amigos de él tales como Ricardo Rojo, Edelberto Torres-Rivas, Ricardo Ramírez vieron con impotencia cómo el pueblo desarmado no pudo defender la revolución y cómo los dirigentes del PGT se asilaban raudamente. Para Torres-Rivas, uno de los jóvenes más destacados en la dirigencia de la juventud democrática y comunista a la caída de la revolución y quien pocos años después desanimado desertó del Partido Comunista, uno de los problemas fundamentales fue que no se había desarrollado «la lucha política en el seno de las

clases y de sus organizaciones políticas. No hubo, por así decir, presencia ni acción de masas ni tras la conjura reaccionaria ni en el apoyo al gobierno» (1977: 37). El error de las fuerzas revolucionarias fue, a su juicio, prolongar la ilusión militarista en momentos en que la lucha de clases recrudecía. Ese ejército de la revolución era sencillamente un ejército del orden burgués. Si bien la mala caracterización del proceso –la concepción de la revolución (democrático) burguesa- no fue la raíz de la derrota, sí contribuyó a la confusión de los objetivos y alianzas. Así la burguesía no pudo identificarse con la revolución. La movilización, organización y participación de las masas campesinas fue un método no precisamente reformista, y sobre todo imprudente, que al no ser suficientemente sólido desencadenó una contrarrevolución: «las revoluciones desde arriba parecen olvidar que el éxito de cualquier revolución popular (...) es la derrota o la desarticulación del viejo Estado que se va a sustituir» (1977: 53). En Guatemala hubo inmadurez del movimiento popular, pequeñez estructural de la clase obrera, inexperiencia y atraso de los campesinos, fervor impotente de sus organizaciones. En suma, dice Torres-Rivas, una absoluta debilidad de los factores subjetivos, el elemento directriz que instaló la revolución cubana.

Ni el análisis de los asuntos internos, ni la violencia revolucionaria formaron parte de la plataforma de ideas que barajaron los intelectuales que hemos seleccionado de la generación del 44. Aparecieron y de forma muy subsidiaria al análisis de los factores externos después de la caída de la revolución guatemalteca. Pero sobre todo cuando la revolución cubana triunfó. De hecho la experiencia frustrada de la revolución guatemalteca fue determinante en la solución del *Che* Guevara por la vía armada y la violencia revolucionaria (Rojo, 2006: 57-80). Fue en Guatemala donde el *Che* empezó a sentirse atraído por la situación cubana, profundizó su formación marxista y se indignó por la perversión del ejército guatemalteco y la ausencia de resistencia popular armada, lo que sí le había sorprendido de la experiencia boliviana. No casualmente reiteró incansablemente: “Cuba no será otra Guatemala” (Moniz Bandeira, 2008: 170).

Bibliografía

Arévalo, Juan José (1964): *Guatemala, la democracia y el imperio*, Buenos Aires, Editorial Palestra. [1º edición 1954]

Asturias, Miguel Ángel (1956): *Week end en Guatemala*, Buenos Aires, Goyanarte. [1ª edición 1955]

Asturias, Miguel Ángel (1961): *Los ojos de los enterrados*, Buenos Aires, Losada.

Barreno Anleu, Silvia Carolina (2000): *Antonio Goubaud Carrera. Su aporte a la antropología guatemalteca*, Tesis de licenciada, Guatemala, Universidad de San Carlos de Guatemala.

Bataillon, Giles (2006): “Edelberto Torres-Rivas: entrevista con el hijo de un exiliado nicaragüense en Guatemala”, *Revista Istor*, Año VI, N° 24.

Berrocal Soto, Fernando (1966): Juan José Arévalo: el hombre y el político, *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*, Vol. V, N° 18.

Cardoza y Aragón, Luis (1 de julio de 1945): “Nuestra revista y su esperanza”, *Revista de Guatemala*, Año 1, Vol. 1, Guatemala.

Fortuny, José Manuel (1977): “Observaciones al trabajo de Edelberto Torres-Rivas”, *Historia y Sociedad*, N1 15, pp. 55-69.

Fortuny, José Manuel (2008): *Memorias de José Manuel Fortuny*, Guatemala, Editorial Óscar de León Palacios.

Fuentes Aqueche, Jorge (2004), “La academia norteamericana y su interpretación de la intervención armada de 1954 en Guatemala”, *Política y Sociedad*, N° 42, Guatemala, pp. 103-117.

Galich, Manuel (1956): *Por qué lucha Guatemala. Arévalo y Arbenz: dos hombres contra un imperio*, Buenos Aires, Elmer editor.

García Ferreira, Roberto (2010): “José Manuel Fortuny: un comunista clandestino en Montevideo, 1958”, *IX Jornadas de Investigación de la Facultad de Ciencias Sociales*, Universidad de la República, Montevideo.

Guerra-Borges, Alfredo (2004): “Apuntes para una interpretación de la Revolución Guatemalteca y de su derrota en 1954”, *Política y Sociedad*, N° 42, Guatemala, pp. 124-143.

Gleijeses, Piero (1989), “The Agrarian Reform of Jacobo Arbenz”, *Journal of Latin American Studies*, Vol. 21, No. 3, pp. 453-480.

Löwy, Michael (2007): *El marxismo en América Latina: antología, desde 1909 hasta nuestros días*, Santiago de Chile, Lom ediciones.

Moniz Bandeira, Luiz Alberto (2008): *De Martí a Fidel. La revolución cubana y América Latina*, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma.

Rojo, Ricardo (2006): *Mi amigo el Che*, Buenos Aires, Editorial De Bolsillo.

Rosés, Daniela (2012): *Los intelectuales y la intervención norteamericana en Guatemala en 1954*, Tesis de licenciatura, Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario.

Sáenz, Jimena (1974): *Genio y figura de Miguel Ángel Asturias*, Buenos Aires, Eudeba.

Silva Falla, Jorge (2004): “Nuestras pláticas con Jacobo Arbenz Guzmán y Juan José Arévalo”, *Política y Sociedad*, N° 42, pp. 71-86.

Toriello, Guillermo (1956): *La batalla de Guatemala*, Buenos Aires, Ediciones Pueblos de América. [1° edición 1955]

Torres-Rivas, Edelberto (1977): “La caída de Arbenz y los contratiempos de la revolución burguesa”, *Historia y Sociedad*, N° 15, pp. 32-54.

Torres-Rivas, Edelberto (2011): *Revoluciones sin cambios revolucionarios*, Guatemala, F&G editores.

<http://interescuelashistoria.org/>